

Collioure, Portbou: la memoria que somos

Ana URRUTIA*

Tal vez sea preciso mantener vivas ciertas experiencias, tener encendida la luz de la historia, para que no nos olvidemos de quiénes somos, de qué pasado venimos, y, aunque sea siempre muy problemático y confuso, hacia qué futuro aspiramos.

Emilio Lledó

A modo de introducción: el olvido que seremos

Un hombre camina por las calles de una ciudad. De repente se oyen unos disparos; el hombre yace en el suelo, su camisa blanca y la acera se tiñen de rojo.

El asesinato de Héctor Abad Gómez, médico dedicado a la enseñanza, a la mejora de la medicina y de las condiciones de vida de los más humildes y a la defensa de los derechos humanos, tuvo lugar el 25 de agosto de 1987 en Medellín, Colombia. Tenía 66 años. Llevaba en un bolsillo, copiado por su propia mano, un poema de Borges cuyo verso inicial dice así: "Ya somos el olvido que seremos". En su entierro, su hija Vicky, casada con un miembro de la alta burguesía de la ciudad, que un día había dicho a su padre que a él no le querían en Medellín, al ver a miles de personas que hacían ondear pañuelos blancos, recordó su respuesta: "Mi amor, a mí me quiere mucha gente, pero no están por donde tú te mueves, están en otra parte, y algún día te voy a llevar a que los conozcas". Comprendió que ese día había llegado.

Héctor, único varón de los seis hijos que había tenido con Cecilia Faciolince, contaba 28 años y acababa de regresar de Italia. A pesar de estar casado y tener una hija, dependía económicamente de su familia. Quería ser escritor. Su padre tuvo siempre una fe ciega en él y en sus capacidades literarias: "Desde muy pequeño le mandaba cartas a mi papá, que las celebraba como si fueran epístolas de Séneca u obras maestras de la literatura". Fe que no menguó nunca, ni siquiera cuando su propio progenitor le escribió sumamente preocupado al enterarse de que su nieto, en el que todos tenían depositadas grandes esperanzas para el futuro, "pasaba los días enteros tirado en una cama, o en un diván, leyendo novelas interminables y tomando sorbitos de vino de Sauternes, como si fuera una solterona retirada del mundo, un Oblomov de los trópicos, o un dandy maricón del siglo XIX". La reacción paterna fue una

113

* Biblioteca Pública de Huarte/Uharte

sonora carcajada y un comentario: que el abuelo no entendía que el chico estaba haciendo la universidad por cuenta propia. Él, su amante y paciente padre, sabía que todo se andaría.

Héctor Abad Faciolince conservó años la camisa de su padre manchada de sangre. Un día decidió tirarla y se puso a escribir, a narrar el camino que conducía a esa camisa ensangrentada que vestía su padre el día en que cayó abatido por las balas. Porque se dio cuenta de que “la única venganza, el único recuerdo, y también la única posibilidad de olvido y de perdón, consistía en contar lo que pasó”. Así en *El olvido que seremos*, relata la vida de su padre y de su familia, en la Colombia de la segunda mitad del siglo XX, desgarrada por las desigualdades sociales, la intolerancia y la violencia. Y al hacerlo, además de rendir el mejor homenaje posible a su progenitor, el realizado desde el amor y la honestidad, demuestra que ha llegado a ser lo que él sabía que sería: un buen escritor.

Hacia el final del libro, el autor recuerda unas palabras que escribió el “buen” Antonio Machado, cuando Barcelona estaba a punto de caer y la derrota en la Guerra Civil española era inevitable: “Se ignora que el valor es virtud de los inermes, de los pacíficos —nunca de los matones—, y que a última hora las guerras las ganan siempre los hombres de paz, nunca los jaleadores de las guerras. Sólo es valiente quien puede permitirse el lujo de la animalidad que se llama amor al prójimo, y es lo específicamente humano”.

La frase conduce a la lectura de la biografía del poeta escrita por Ian Gibson, la relectura de sus poemas y una visita a Collioure, donde en 1939 se apagó Antonio Machado. Y dada la cercanía, resulta ineludible la parada en Portbou, última estación del viaje por la vida del filósofo Walter Benjamin. Para avivar la memoria, reivindicar la palabra y postergar un instante —a la manera de Héctor Abad Faciolince— el olvido que seremos.

114

Collioure y Portbou: la memoria

Collioure, iluminado por el sol radiante de un día de verano de 2009, parece un lugar encantador. Desde la estación, situada en terreno más elevado, se desciende en pocos minutos al núcleo urbano. Muchas cosas han tenido que cambiar en setenta años; sin embargo, el Castillo, la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles —ambos edificados en piedra—, las colinas que rodean la población y las aguas del Mediterráneo que la bañan se tuvieron que presentar ante los ojos de Machado de forma bastante similar a como lo hacen hoy. Tanto las playas que bordean los dos monumentos más característicos como las calles de la parte vieja —en la que hay huellas del pasado catalán— están muy concurridas. Son fiestas, y las notas de una melodía de Goran Bregovic tocadas por una de las varias orquestas que actúan a pie de calle animan la mañana...

No muy lejos de la bulliciosa zona del puerto, caminando por la calle paralela al cauce seco del río Douy en sentido inverso a éste, tras cruzar un puente, surge la fachada de un edificio de tres plantas y tejado a dos aguas que llama la atención. En el ingreso hay un porche que sostiene una terraza situada en la segunda planta y da inicio a una escalera que asciende por el lateral derecho hasta la tercera. La casa es rosa; de color blanco son los sillares de las esqui-

nas delanteras, los balaustres de la terraza y la escalera y las molduras de puertas y ventanas; granates, los barrotes de los balcones de la parte superior delantera e izquierda. Está cerrada. En la parte de arriba del atrio de ingreso se lee: “Casa TH Quintana”. Es el antiguo Hotel Bougnol-Quintana, donde, como informa una placa en el lateral derecho, murió el poeta español Antonio Machado el 22 de febrero de 1939. En él falleció también su madre, Ana Ruiz, tres días más tarde.



La calle que bordea el flanco izquierdo del edificio —Rue Antonio Machado— conduce directamente al cementerio donde están enterrados. Nada más entrar en el recinto se ve la tumba que acoge los restos de ambos, pues ocupa un lugar preferente, separada del resto y a la sombra de cuatro cipreses. En ella, una base rectangular, a modo de lecho extendido en el suelo, acoge en su parte central una lápida de piedra clara, que queda cercada por un borde donde se suceden piedras oscuras y alargadas, colocadas en franjas sobre cemento más claro; salvo en la parte superior, en la que se alza un cabecero construido con los mismos materiales, que en su parte izquierda tiene un buzón. La lápida lleva unas sencillas inscripciones con los nombres del poeta y de su madre, de la que menciona el parentesco, y los lugares y fechas de nacimiento y defunción. Para verlas hay que apartar el amasijo de ramos de flores aprisionados en celofán, placas de recuerdo de visitas y diversos objetos que la cubren por completo; tampoco faltan banderas, tres republicanas y una catalana. Causa estupefacción y desasosiego que el poeta que “amaba los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles como pompas de jabón”, reciba unos homenajes que convierten su tumba en una especie de tenderete del recuerdo. La buena intención y el cariño no bastan, sería necesario también el respeto a la forma de ser del muerto. Aquí se están gritando cosas: su condición de republicano, de profesor recordado en institutos, de escritor muerto en el exilio; pero resulta que todo ello tapa al hombre Antonio Machado, cuya personalidad humana y poética quedaría bastante bien reflejada si su tumba apareciera desnuda en su humilde sencillez. Invitaría al recogimiento y a la reflexión; y por ello no lo recordaríamos y apreciaríamos menos.

El hecho de que la tumba de Machado esté en Collioure mantiene viva la memoria de “lo que pasó”, de la historia de España en una de sus páginas más terribles. El poeta no estaba de vacaciones en este hermoso pueblo francés cuando le sobrevino la muerte; no; llegó, por el contrario, con parte de su familia y miles de personas más, huyendo en condiciones dramáticas tras la derrota del bando republicano en la Guerra Civil. El calvario había comenzado el 22 de enero

de 1939, cuando en compañía de su madre, su hermano José y la esposa e hijas de este último, se ve obligado, ante el avance del ejército nacional, a abandonar Barcelona. En Gerona, acompañados de varios amigos —entre ellos Tomás Navarro Tomás, que fuera director de la Biblioteca Nacional, y los escritores Corpus Barga y Carles Ribas— se refugian durante varios días en la masía Can Santamaria. El 26 llega la noticia de la caída de Barcelona, con los caminos abarrotados de gente que huye hacia la frontera, consiguen llegar a otra masía, Mas Faixat, en la que Antonio Machado y sus acompañantes pasarán la última noche en territorio español. Al día siguiente, se dirigen hacia la costa, la aviación enemiga se hace presente varias veces aterrizando a los prófugos, hace mucho frío y llueve copiosamente; al llegar a Portbou la aglomeración humana hace imposible continuar en coche, se ven obligados a subir a pie una pronunciada pendiente; desde la gendarmería conducen en un vehículo a Machado y a su anciana madre hasta la estación de Cerbère, un soldado reconoce al poeta sentado en un banco, tiritando de frío, y le abriga con su capote militar, pasan la noche en un vagón del ferrocarril; gracias a las gestiones de Corpus Barga y Tomás Navarro Tomás en Perpiñán, los Machado no son conducidos en tren hacia un campo de concentración como la mayoría de refugiados, sino que llegan, el 28 de enero, a Collioure y gracias a la generosidad de Pauline Quintana, que los acoge en su hotel, y Juliette Figuères, propietaria de una mercería cercana, que les proporciona ropa, tabaco y dinero, pueden descansar. Pero la salud de Antonio —con problemas respiratorios y anímicamente destrozado por la derrota de la República— y la de su madre Ana están muy deterioradas, tanto que ambos fallecen cuando todavía no se ha cumplido un mes de su llegada. El poeta fue enterrado el 23 de febrero, con el féretro cubierto por una bandera republicana cosida por Juliette, en un nicho cedido por Marie Deboher, amiga de Pauline; más adelante, sus restos serían trasladados al actual emplazamiento.

116

Esta historia de derrota, exilio y muerte es narrada silenciosamente por una tumba en Collioure; por ello es tan importante que los restos del poeta continúen en ella: obliga a refrescar la memoria. También lo hace una placa en la estación de Cerbère —que la amabilidad de un joven empleado permite contemplar en el oculto lugar al que la han relegado unas obras en agosto de 2009— en la que se informa de que por ella pasaron del 28 de enero al 10 de febrero de 1939 más de cien mil personas, forzadas al exilio tras tres años de lucha contra el franquismo; fueron las primeras víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Entre ellas había jóvenes soldados alistados sin cumplir los veinte años para defender a la República que, después de pasar por campos de concentración franceses, enrolarse en África en la Legión Extranjera para evitar ser reenviados a España y desertar de las tropas al mando de Pétain, lucharon en el ejército de liberación formado por el general Leclerc y constituyeron la novena compañía —La Nueve— de la Segunda División Acorazada que desembarcó en Lombardía, liberó París y Alsacia, con su capital Estrasburgo, y llegó hasta el mismo búnker de Hitler. Por expreso deseo del general Leclerc —un aristócrata que en su momento estuvo a favor del golpe militar franquista— los soldados republicanos españoles supervivientes —16 de los 144 que llegaron a Normandía— desfilaron por los Campos Elíseos junto a los oficiales de la Francia Libre en la conmemoración de la victoria contra el nazismo. Recibieron aplausos y vítores, pero pasado el entusiasmo del momento quedaron reclusos en una de las grutas del olvido que el tiempo y el malestar derivado de los recuerdos desagradables —¡españoles, los primeros en liberar París!— se encargaron de sellar.

Evelyn Mesquida, oriunda de Alicante y afincada en Francia, tras años de seguir sus huellas y repetir incansablemente “¡Ábrete, Sésamo!”, ha conseguido que el aire del presente oreo la gruta; nos lo cuenta en un libro titulado *La Nueve*, en el que narra los padecimientos y las hazañas militares de aquellos jóvenes republicanos españoles y presenta el testimonio personal de los que, ya muy ancianos, consiguió entrevistar: Manuel Lozano, Fermín Pujol, Faustino Solana, Luis Royo, Daniel Hernández, Rafael Gómez, Germán Arrúe, Víctor Lantes y Manuel Fernández. A pesar de la intensa labor de investigación desarrollada, no pudo descubrir la identidad del joven capitán que puso su abrigo a Machado para protegerlo del frío. Con el libro ya en la calle, una carambola del destino se la desveló desde una entrevista publicada en diciembre de 2008 en la contraportada del diario *El País*: Eulalio Ferrer Rodríguez, nacido en Santander en 1921, escritor, mecenas, publicista y académico de la Lengua en México, pocos meses antes de morir, recordando los primeros momentos de su exilio, contaba a Juan G. Bedoya que había coincidido con Machado y su madre en la espera de estos para partir hacia Collioure: “Don Antonio —decía— iba sin abrigo y coloqué sobre sus hombros el mío, pese a necesitarlo tanto. Fue muy triste...”. Así un soldado anónimo recuperaba su nombre.

Devolver el nombre a quienes fueron relegados al olvido es una forma de reparación histórica. Pero también es necesario recordar que la historia, en última instancia, la hacen las personas que viven su tiempo día a día tratando de sobrellevar las dificultades que les salen al camino y las calamidades que caen sobre ellos por el afán de protagonismo de quienes pretenden marcar la época con su nombre. A las personas desconocidas que sostienen el edificio de la historia quiso homenajear el filósofo Walter Benjamin, que dejó escrito: “Es tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres. La construcción histórica está consagrada a la memoria de los que no tienen nombre”. Frase que se puede leer en el Memorial dedicado a Benjamin en Portbou.

Portbou, aunque también es una población costera rodeada de montículos como Collioure, no posee el encanto de ésta. Por ello, sorprende más la belleza inesperada de su cementerio,



que desciende por una colina frente al mar. En su interior, la tumba de Walter Benjamin: una roca redondeada en la base que va estrechándose hasta la parte superior donde hay amontonados pequeños guijarros, tiene una lápida negra apoyada sobre su mitad inferior en la que aparece su nombre y apellido, lugar y fecha de nacimiento y defunción y una frase, en alemán y catalán, de su última obra, *Tesis de Filosofía de la Historia*: “Toda obra de cultura es también un acto de barbarie”; a los lados y

arriba, flores blancas y rosas cuidadosamente colocadas ponen una nota de color, junto a los arbustos de hojas verdes y amarillas que flanquean el conjunto; en el suelo, numerosos guijarros, blancos y grises, de diversos tamaños.

La sobria tumba de un filósofo de lengua alemana en un pequeño pueblo fronterizo de los Pirineos nos cuenta otra historia de derrota, exilio y muerte acaecida en la convulsa primera mitad del siglo XX europeo.

Walter Benjamin abandona definitivamente Alemania cuando el partido nazi accede al poder tras su triunfo electoral en 1933. Se instala en París, donde en unas condiciones económicas muy precarias, se dedica a escribir sin descanso. En enero de 1938, al despedir a sus amigos Theodor y Gretel Adorno que parten hacia Nueva York desde el puerto de San Remo, como el matrimonio le aconseja seguir sus pasos, responde: "Hay posiciones que defender en Europa". Ese mismo año, es detenido su hermano Georg, médico y consejero municipal comunista de Berlín. A finales de febrero de 1939, es despojado por la Gestapo de la nacionalidad alemana; como consecuencia de ello, para salir de Francia necesitará un permiso de residencia que acredite su condición de refugiado alemán. El primero de septiembre de 1939, fecha de la invasión nazi de Polonia, Benjamin, junto con otros prófugos alemanes, es internado primero en un campo de concentración y luego en un campamento de trabajadores voluntarios en Nevers; a fines de noviembre es liberado gracias a la intervención de amigos franceses y regresa a París.

118

De donde tiene que huir a toda velocidad en mayo de 1940 ante la inminente llegada de los nazis, que una vez en la ciudad registran su apartamento. Pasa por Lourdes y Marsella, donde se encuentra con Hannah Arendt y su marido Heinrich Blücher y con Arthur Koestler. Una vez obtenido un visado en el consulado norteamericano, Benjamin, que quiere llegar a Lisboa para embarcar rumbo a América, al no poseer el permiso de residencia se ve obligado a cruzar ilegalmente los Pirineos; lo hace con la fotógrafa Henny Gurland —que se casaría en EEUU con Erich Fromm—, su hijo y la guía Lisa Fittko. A pesar de las dificultades —enfermo del corazón, la ascensión le resulta penosa y necesita la ayuda de sus acompañantes para concluirla—, el grupo, al que se habían unido en el camino tres mujeres más, consigue llegar a Portbou, pero aquí se les niega la entrada en territorio español y sólo se les permite pasar la noche en un hotel antes de ser entregados al día siguiente a las autoridades francesas. En el hotel Francia, Benjamin, que no está dispuesto a caer en manos de los nazis, toma una fuerte dosis de morfina y muere el día siguiente, 26 de septiembre de 1940, con 48 años. Su muerte salvó a sus acompañantes, a los que permitieron continuar el viaje debido a la conmoción provocada por el suicidio.

La narración se complementa en el vecino Memorial Pasajes construido por Dani Karavan en 1999. En la parte central de la explanada de ingreso al cementerio, una plancha de acero oxidado cruza horizontalmente el suelo desde una parte de la colina que acoge el recinto fúnebre hasta una especie de poliedro del mismo material, constituido por dos triángulos laterales y rectángulos en la parte trasera y delantera, ésta es una abertura de la que parte un angosto y oscuro túnel que desciende por una escalera hasta el Mediterráneo; tras el primer tramo, cerrado y oscuro, la parte superior se abre como un gran embudo hacia el cielo y el mar; los últimos diecinueve escalones, que llegan al agua, están interceptados por un cristal. En el mar, sobresalen unas pocas



rocas y sobre ellas se proyecta la figura de la boca de ingreso formando una especie de lápida en el agua; al fondo, un monte pelado y el horizonte. De regreso al exterior, antes de entrar en el túnel se ve al fondo la salida, un rectángulo lleno de luz que se recorta en la oscuridad, y por encima una franja de tierra del talud y las ramas de un pino. Una vez fuera, un poco en alto, aparecen varios olivos cercanos a la pared del cementerio.

Adentrarse en estos Pasajes es una experiencia fascinante: a la inquietud y agobio inicial —uno se siente atrapado en un espacio opresivo y el mar, al fondo, da la impresión de ser verdaderamente “el morir”—, le sucede el alivio y la alegría que produce contemplar el cielo y el mar en toda su extensión; y la intuición de la promesa implícita de que un día seremos parte de esa luz. Como lo son ya todos los seres anónimos a cuya memoria está dedicada la frase antes citada de Benjamin impresa en catalán, español, francés e inglés sobre el cristal (que presenta huellas de numerosos impactos de piedra). La historia que aquí se cuenta es la de las guerras y derrotas, que abren la puerta al exilio y obligan siempre —entonces, antes y en la actualidad— a los perdedores a pagar las grandes facturas de la Historia; un exilio —interior o exterior— que comienza siempre con angustia y miedo, pero que a veces puede contener la semilla de una nueva vida, de una nueva oportunidad; que se convierte en la metáfora del último y definitivo exilio que a todos nos espera.

Además de los espacios citados que recuerdan al malogrado filósofo, en Portbou hay distintos paneles alusivos a él, el centro cívico lleva su nombre y la casa donde estaba en aquel tiempo el Hotel Francia presenta en la parte inferior derecha de su fachada una placa donde se dice que en ella vivió y murió Walter Benjamin, a continuación aparece la frase: “Tot el coneixement humà pren forma d’interpreta-



ciò", y debajo las iniciales W.B. y las fechas 1892 y 1940 separadas por unas gafas de cristales redondos con las patillas extendidas.

Decir que en aquel hotel vivió Benjamin, cuando no llegó a estar hospedado ni un día completo, suena exagerado; así como tanto panel explicativo de su vida y su nombre que aparece por aquí y por allá, dando la impresión de ser algún prócer de la localidad que dejó en ella una huella imborrable. Parece que Portbou quiere estar a la altura del personaje, pero se excede. No hace falta subrayarlo, su nombre siempre estará vinculado al de Walter Benjamin, como el de Collioure lo está indisolublemente al de Antonio Machado. Tras visitar las últimas moradas de los dos escritores, la mejor forma de homenajarles y recordarles es pasear por sus obras y biografías.

Paseos por páginas de la vida y obras de Antonio Machado y Walter Benjamin: la palabra

Al recorrer la biografía y las obras de Machado y Benjamin surgen hechos e ideas afines a ambos, y otros, lógicamente, diferentes y específicos de cada uno. Es posible formar con ellos ramilletes de palabras, comunes y propias; dejemos que su aroma impregne nuestro presente.

Palabras comunes

Julio.— Mes de nacimiento. Antonio Machado nació en Sevilla el 26 de julio de 1875; Walter Benjamin, el 15 de julio de 1892, en Berlín.

120

Malos recuerdos de la enseñanza oficial.— Machado: "Pasé por el Instituto y la Universidad, pero de estos centros no conservo más huella que una gran aversión a todo lo académico". Plasmó el tedio escolar en un poema incluido en *Soledades*:

RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
trueno el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
"mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón".

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia tras los cristales.

A Walter Benjamin, que recibió primero clases particulares, se le hizo muy difícil adaptarse después al Gimnasio (equivalente a nuestro Instituto). A menudo estaba distraído en clase, enfermaba con frecuencia, llegaba tarde...

NIÑO QUE LLEGA TARDE. El reloj del patio del colegio parece estropeado por su culpa. Da las “demasiado tarde”. Y por las puertas de las aulas ante las que él se desliza sigilosamente, llega, hasta el pasillo, un murmullo de secretos conciliábulos. Allí detrás, maestros y alumnos son amigos. O bien todo guarda silencio, como en espera de alguien. Imperceptiblemente pone su mano en el pomo. El sol inunda el lugar donde él está. Y él profana el joven día y abre. Oye matraquear la voz del maestro como la rueda de un molino; se halla ante la piedra de moler. El matraqueo de la voz mantiene un ritmo, pero los mozos molineros lanzan ya toda su carga sobre el recién llegado; diez, veinte pesados sacos vuelan hacia él, y tiene que cargarlos hacia el banco. Cada hilo de su abrigo está cubierto de polvo blanco. Como un alma en pena a media noche avanza haciendo ruido a cada paso, pero nadie le ve. Una vez en su sitio, se pone a trabajar en silencio, junto con los demás, hasta que toca la campana. Mas no encuentra dicha alguna. (*Dirección única*).

Experiencia gratificante en institución de enseñanza reformista.— Machado ingresó con ocho años, al instalarse su familia en Madrid proveniente de Sevilla, en la Institución Libre de Enseñanza, que, dirigida por Francisco Giner de los Ríos e inspirada en las ideas del filósofo alemán Krause, perseguía una reforma total de la enseñanza y trataba de transformar España a través de la educación. El paso por este centro y el trato con Giner de los Ríos —“convencido de ser, desdeñaba el aparentar”— dejó una huella indeleble en su espíritu.

[...] Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.

121

Estos versos que pone en boca de su maestro, con motivo de su fallecimiento, resumen las enseñanzas de aquel y muestran la admiración de quien fue primero alumno y más tarde amigo.

Benjamin estudió dos años, de 1905 a 1907, en un internado de Haubing que aplicaba un programa de reforma pedagógica creado por uno de sus directores, Gustav Wyneken. En él se asignaba a profesores y alumnos el papel de interlocutores y se permitía el desarrollo de la personalidad de los segundos sin usar los métodos coercitivos tradicionales. A partir de esta experiencia, el joven Walter se convirtió en un gran defensor de la reforma educativa. Lleno de idealismo, luchó por ella varios años en el Movimiento de la Juventud, organización creada por Wyneken.

Tristeza juvenil.— La tristeza habitaba en ellos antes de ser alcanzados por las desgracias de la vida, como una suerte de melancolía que impregnaba su alma. Ana Ruiz solía decir de su hijo: “Antonio no ha tenido nunca esa alegría propia de la juventud”. Él maldice en un poema su juventud sin amor y concluye: “¡Juventud nunca vivida, quien te volviera a soñar!”

Respecto a Benjamin, escribió Scholem: “En sus años de juventud, había en Benjamin una profunda tristeza. [...] Quiero suponer que su profunda comprensión de la naturaleza de la

tristeza y sus expresiones literarias, que en tantos de sus escritos aparece, con un carácter predominante, se relaciona con este rasgo". En opinión de Adorno, más que tristeza era luto. El ánimo fúnebre del joven Benjamin se trasluce en la respuesta que dio a la novia de Ernst Bloch al interesarse ésta por lo que le hacía estar tan pensativo, tan abstraído: "¿Señorita, nunca le ha sorprendido el aspecto enfermizo que las figuritas de mazapán presentan?".

Filosofía y poesía.— Machado es un poeta atraído por la filosofía. "La necesidad de un título académico fue, en verdad, el pretexto para consagrar unos cuantos años a una afición de toda mi vida: la filosofía." Así explicaba su tardía decisión de matricularse como alumno libre en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, donde obtuvo la licenciatura en 1918. En su obra, puso en boca de Abel Martín y de Juan de Mairena sus reflexiones filosóficas. Mairena es su "yo filosófico, nacido en mi juventud, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos", confesó en una entrevista quien escribió: "Converso con el hombre que siempre va conmigo".

Benjamin estudió filosofía en Berlín, Friburgo y Berna, donde obtuvo la graduación en 1919. Fue un filósofo que centró su atención en el comentario y crítica de textos. No sólo le atraía la poesía —escribió un libro de sonetos dedicado a un amigo que se suicidó al inicio de la Primera Guerra Mundial— sino que poseía, según Hannah Arendt, el don de pensar poéticamente. También podía expresarse de la misma forma, como demuestra la prosa poética de los textos de *Infancia en Berlín hacia 1900*, que constituye, según Scholem, la realización plena del ideal de Schelling de una filosofía narrativa, porque "detrás de cada fragmento hay un filósofo y su visión, pero bajo la mirada del recuerdo, su filosofía se transforma en poesía".

122

París.— Amantes de los viajes, la ciudad de París ocupa un lugar relevante en la vida de ambos. Machado la conoció en junio de 1899. Su estancia de varios meses, junto a su hermano Manuel, en la que entró en contacto con la poesía de Verlaine, que le fascinó, fue decisiva para encauzar su vocación poética. Volvió, también con Manuel, en abril de 1902, y conoció a Rubén Darío. Regresó en 1911 tras casarse con Leonor y conseguir una beca para realizar estudios de filología francesa, proyecto que se vio truncado a la mitad por la enfermedad que en poco tiempo acabaría con la vida de su joven esposa.

Benjamin realizó su primer viaje a la capital francesa en 1913, residió en ella, alternando con Berlín, de 1927 a 1929 y se estableció definitivamente en 1933; en sus calles se sintió desde el principio en casa, porque la ciudad era —dice Arendt— el paraíso de aquellos que necesitan vivir sin prisa, no perseguir ninguna carrera, ni alcanzar ningún objetivo. París era para él la capital del siglo XIX, donde podía practicar el arte de pasear por las calles, que se convertía en un método de trabajo, una forma de obtener información en la ciudad convertida en "una vasta sala de lectura, una vasta biblioteca cruzada por el Sena". A ella estaba dedicada su obra inconclusa *Pasajes*, que dio lugar a un libro sobre Baudelaire, poeta al que estimaba mucho.

Periódicos, revistas.— En ellos dieron a conocer parte de su obra. Antonio Machado —profesor de francés desde 1907 en institutos de Soria, Baeza, Segovia y Madrid— publicó sus dos

primeros poemas en marzo de 1901 en la revista *Electra*, continuó haciéndolo en *Revista Ibérica*, *Helios*, dirigida por Juan Ramón Jiménez, *Alma Española*, *Idea Nueva*, *La Lectura* y *Revista de Occidente*; entre los periódicos que llevaron en sus páginas poesías o artículos breves del poeta, destacan *El País*, *El Liberal*, *Tierra Soriana*, *El Porvenir Castellano*, *Mundial Magacine*, que, dirigido por Rubén Darío, publicó *La tierra de los Alvargonzález*, *La Tribuna*, *El Sol* y *La Voz de Soria*.

Benjamin también intentó la vía de la enseñanza, a tal efecto presentó un estudio sobre la literatura barroca alemana en la Universidad de Frankfurt como trabajo de habilitación a la docencia; su estilo, difícil y oscuro, desconcertó a los examinadores y determinó el fracaso de su proyecto. Por ello, a partir de 1925 inició colaboraciones con diarios de gran tirada, escribió sobre todo recensiones en las que abandona el esoterismo anterior para llegar a un público más amplio. Los textos de sus obras *Infancia en Berlín hacia 1900*, *Dirección única* y *Personajes alemanes* fueron publicados como fragmentos sueltos en periódicos y revistas de lengua alemana. En 1921 intentó editar su propia revista, *Angelus Novus*, pero no lo consiguió.

Un matrimonio.— Los dos se casaron una vez; el matrimonio no tuvo final feliz. Trágicamente concluyó el de Machado con la joven soriana Leonor Izquierdo, que falleció de tuberculosis en 1912, cuando contaba 18 años y llevaba tres casada con el profesor de francés que se hospedara en la pensión de su familia. Su muerte sumió al poeta en la desesperación y le acercó al suicidio —“pensé en pegarme un tiro”, le confesó a Juan Ramón Jiménez—; el éxito de *Campos de Castilla* le salvó: “no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil no tenía derecho a aniquilarla”.

123

Benjamin contrajo matrimonio en 1917 con Dora Pollack, fruto del cual nació un hijo, Stefan. La relación de la pareja, que subsistía con los ingresos de ella y la ayuda de los padres de él, en cuya mansión habitaban, se deterioró pronto, dando lugar primero a unos años en que ambos se dieron libertad en sus relaciones y desembocando al final, en 1930, en un duro proceso de divorcio, que obligó al filósofo a emplear su herencia —ese mismo año murió su madre y su padre lo había hecho pocos años antes— en la devolución de la dote a su ex mujer. Por estos años cayó en un estado depresivo; en 1932 pensó seriamente en quitarse la vida, pero no llegó a hacerlo.

Esperanza.— Tema que se repite en sus obras. Machado, contando a Unamuno el dolor que le produjo la muerte de Leonor, a la que adoraba, le manifestó: “Tengo a veces esperanza. [...] Hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad”. Idea que se plasma en diferentes poemas: “Late, corazón... No todo / se lo ha tragado la tierra”; “Vive, esperanza, ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!”; “Con el ciruelo en flor y el campo verde [...] / con este dulce soplo / que triunfa de la muerte y de la piedra, / esta amargura que me ahoga fluye / en esperanza de Ella”. Surge también en versos de poemas iniciales: “En el ambiente de la tarde flota / ese aroma de ausencia, / que dice al alma luminosa: nunca, / y al corazón: espera”; y otros más tardíos: “Creo en la libertad y la esperanza”; “La verdad es la esperanza”. Pero es en un poema dedicado a un viejo olmo donde es evocada de forma memorable:

A UN OLMO SECO

Al olmo seco, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardosruiseños.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes de que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes de que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes de que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

124

Walter Benjamin escribió en un ensayo sobre *Las afinidades electivas* de Goethe una frase que posteriormente alcanzaría notoriedad al ser utilizada por Marcuse para concluir *El hombre unidimensional*: "Sólo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza". Su propia vida estuvo llena de dificultades y fracasos. A pesar de ello, nunca perdió la esperanza y la resaltó en obras ajenas, como la carta de un médico, Samuel Collenbusch, al filósofo Immanuel Kant, en 1795, incluida en su libro *Personajes Alemanes*, que recoge misivas de personas, generalmente no muy conocidas a algunas que sí lo son, de los siglos XVIII Y XIX; a través de ellas quiso Benjamin subrayar la existencia de otros alemanes que por su personalidad y valores estaban en las antípodas de quienes gobernaban Alemania en 1936, fecha de publicación del libro en Suiza. Él lo definió como un "arca que construí cuando el diluvio fascista empezaba a crecer"; uno de los fragmentos de vida que quiso salvar en ese arca fue la citada carta, cuyo inicio dice así:

Mi querido profesor:

La esperanza alegra el corazón. Yo no vendo mi esperanza ni por mil barriles de oro. Mi fe espera maravillada mucho bien de Dios.

Soy un hombre viejo, septuagenario, muy cerca de la ceguera. Como médico juzgo que muy pronto estaré ciego. Tampoco soy rico, pero mi esperanza es tan grande que no me cambiaría ni por un emperador. ¡Esta esperanza inunda mi corazón de alegría!

Otro autor en el que supo descubrir esperanza a pesar del pesimismo que destilan sus obras es Kafka; en un ensayo a él dedicado recuerda un diálogo entre el escritor nacido en Praga y su amigo Max Brod, transmitido por este último:

“Recuerdo una conversación con Kafka a propósito de la Europa contemporánea y de la decadencia de la humanidad”, escribió. “Somos”, dijo, “pensamientos nihilísticos, pensamientos suicidas que surgen en la cabeza de Dios.” Ante todo, eso me recordó la imagen del mundo de la Gnosis: Dios como demiurgo malvado con el mundo como su pecado original. “Oh no”, replicó, “Nuestro mundo no es más que un mal humor de Dios, uno de esos malos días.” “¿Existe entonces esperanza fuera de esta manifestación del mundo que conocemos?” Él sonrió. “Oh, bastante esperanza, infinita esperanza, sólo que no para nosotros” (Franz Kafka).

En una carta a Scholem cita la misma idea: “Hay infinitas existencias de esperanza, sólo que no para nosotros”, y manifiesta que esa frase contiene la esperanza kafkiana y que es la “fuente de su radiante alegría”.

De la catástrofe puede venir la salvación. Que el mundo se salve, que Europa se salve, aunque nosotros nos hundamos.

125

Semblanzas.— De Machado en su juventud, Juan Ramón Jiménez:

Iba vestido con un gabán descolorido viejísimo, que sólo conservaba uno o dos botones de una fila, los cuales siempre llevaba abrochados equivocadamente, y debajo de los pantalones los sujetaba con una cuerda lo mismo que los puños, atados con trozos de guata en vez de gemelos.

Del último tramo de su vida, Pilar de Valderrama:

[...] desaliño, sí, pero con un rostro bondadosísimo, una frente ancha y luminosa, una cabeza, en fin, admirable sobre un cuerpo alto, desgarrado y poco atractivo.

Isidoro Martínez, dueño de la primera pensión de Soria en la que se alojó:

Don Antonio era un hombrachón con alma de niño. Silencioso y retraído. Pero hombre bondadoso y exquisito.

Rubén Darío, en “Oración por Antonio Machado”:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.

Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.

En una introducción anónima —¿María Teresa León?— a un artículo publicado en una revista comunista:

Pocos escritores se libran de lo que ha definido alguien como el vértigo de escribir. El afán de hacerse lo que se llama “una firma” provoca en los irresponsables de la pluma un escribir sin tino ni medida, irreflexivo. Sólo el auténtico hombre de letras sabe aquilatar la responsabilidad de lo escrito, midiendo cuidadosamente sus palabras. El hombre, cuando percibe claramente su destino, es siempre fiel a sí mismo. Así, el escritor de raza sólo tomará la pluma para mojarla en su corazón. Antonio Machado es de estos últimos. Su obra, enjuta y certera, ofrece siempre la misma tónica de sobriedad y justeza. Se ve al hombre, antes que al profesional de la pluma, buceando en su interior para sacar a flor de cuartilla unas pocas y suyas “palabras verdaderas”.

María Zambrano, de cuyo padre, Blas, fue íntimo amigo en Segovia:

Su “torpeza” de movimientos no es sino resistencia a ocupar lugares, a decir “aquí estoy yo”. Corpulento, se deslizaba al andar entre las gentes, se ahilaba como si pasara por un laberinto.

“Rostro infantil, aire lejano”: así lo vio un periodista que lo entrevistó, en 1935, mientras el poeta fumaba sin parar.

126

De Walter Benjamin, Adorno:

Si he de reproducir su exterior, tendría que decir que Benjamin tenía algo de mago, pero en un sentido nada metafísico, muy literal. Uno bien se lo podía imaginar con un alto cucurucho y una especie de varita mágica. Muy curiosos resultaban sus ojos, bastante hundidos, cortos de vista, y que a veces parecían disipar las miradas, de una forma al tiempo suave e intensa. Muy particular también su pelo, que tenía algo de particularmente flamígero. Su rostro tenía un corte muy regular, pero al mismo tiempo tenía algo —una vez más es difícil hallar la palabra correcta— de animal que acumula víveres en sus mejillas. El punto de vista del anticuario y el coleccionista, que representa un papel destacado en su pensamiento, se había marcado también en su aspecto fisonómico. Sin embargo, había otra cosa muy esencial en la experiencia con él: que con él no había algo así como inmediatez o calor humano en el sentido usual del término. [...] Nunca he visto otro hombre en el que toda la existencia, incluso la empírica, estuviera tan plenamente marcada por la espiritualización. Y sin embargo, cada palabra que decía traía consigo una especie de felicidad sensorial a través del espíritu que probablemente le estaba vedada como felicidad meramente sensorial, inmediata, viva. En la época que le conocí, sin duda Benjamin no tenía en absoluto lo que se suele llamar fama. Pero en cambio tenía una especie de nimbo. Le precedía un aura de lo extraordinario. [...] Abría lo inaccesible como con una mágica llave, y se situaba así, sin intención y sin especial énfasis, en irreconciliable oposición a la esencia clasificatoria, abstracta, integralmente grandiosa, de toda la filosofía oficial.

Lo que Benjamin decía y escribía sonaba como si el pensamiento, en vez de apartarlas de sí con elegante madurez, tomara las promesas de los libros infantiles y las leyendas tan al pie de

la letra que su cumplimiento real se desprendiera del conocimiento mismo. [...] Quien se dirigía a él se sentía como un niño que ve la luz del árbol de Navidad por la rendija de la puerta entreabierta. Pero la luz prometía al mismo tiempo, como propia de la razón, la verdad misma, no su brillo impotente. Si el pensamiento de Benjamin no era un crear a partir de la Nada, era a cambio un entregar a manos llenas.

Era inagotablemente ocurrente, productivo, pero en absoluto espontáneo, hablaba como un libro. [...] Lo que Zaratustra elogia como supremo, la virtud de dar, era suya en tal grado que todo lo demás pasaba a segundo plano.

Hannah Arendt:

Sus gestos y la forma de poner la cabeza cuando escuchaba y hablaba; la forma en que se movía, sus modales, pero en particular su forma de hablar, desde la elección de las palabras hasta la forma de su sintaxis, por último, sus gustos idiosincrásicos: todo esto parecía tan anticuado, como si se hubiera escapado del siglo XIX y entrado en el XX como quien es arrastrado hasta la costa de una isla desconocida. ¿Alguna vez se sintió cómodo en la Alemania del siglo XX? Hay razones para dudarlo.

Cuando vivía en París como refugiado, su nobleza innata le impidió convertir sus amistades distantes (entre las que estaba Gide) en conexiones más fuertes y buscar nuevos contactos.

Benjamin se vio forzado a una posición que en realidad no existía en ninguna parte, la cual, de hecho, no pudo ser identificada y diagnosticada como tal sino hasta mucho después. Era la posición "en lo alto del mástil" desde donde podían observarse mejor los tiempos tormentosos que desde un puerto seguro, a pesar de que las señales de "naufragio" de este hombre, que no había aprendido a nadar ni a favor ni contra la corriente, apenas se percibieron: ni por aquellos que nunca se habían expuesto a estos mares ni por aquellos que eran capaces de moverse incluso en este elemento.

127

Gershom Scholem señala "la cortesía verdaderamente chinesca que caracterizaba su trato" y su pasión dominante: coleccionar libros.

Amor platónico.— Walter Benjamin:

AMOR PLATÓNICO

Que guarda intacto, que protege el nombre de la amada, es la sola expresión verdadera de la tensión, de la inclinación a la lejanía que se llama amor platónico. Para él la existencia de la amada procede, como rayos desde un núcleo incandescente, del nombre, y de éste procede incluso la obra del amante. Y así la Divina Comedia no es otra cosa que el aura en torno al nombre de Beatrice: la exposición poderosa de que todas las fuerzas y figuras del cosmos proceden del nombre que surge a salvo del amor (*Sombras breves*).

Los nombres de las mujeres que amó son: Julia y Asja. Julia Cohn, escultora, hermana de un amigo suyo, a la que trató en los años de su juventud. Al reencontrarse en 1921 se enamora apasionadamente de ella, originando una grave crisis en su matrimonio; le dedica el ensayo sobre *Las afinidades electivas* de Goethe, en el que la identifica con Odile, uno de los personajes que protagonizan la novela. Asja Lacis era una revolucionaria letona que conoció en Capri en 1924, cuando ella dirigía y representaba una obra de Bertolt Brecht. En invierno de 1926 viajó a Moscú, sin conocer el idioma ni a nadie, para visitarla; tuvo contactos con Mayakovski y Andrei Biely. El encuentro con esta mujer fue determinante en su vida ya que

dio lugar al viraje de Benjamin del idealismo al materialismo histórico y a la amistad con Brecht; hizo aflorar en él al autor comprometido. *Dirección única* le está dedicada: “Esta calle se llama Calle Asja Lacis, nombre de aquella que como ingeniero la abrió en su autor”; uno de los fragmentos del libro dice así:

ARMAS Y MUNICIONES

Había llegado a Riga, para visitar a una amiga. Su casa, la ciudad, el idioma me eran desconocidos. Nadie me esperaba, nadie me conocía. Deambulé dos horas solo por las calles. Nunca he vuelto a verla así. De cada portal brotaba una llamarada, cada guardacantón lanzaba chispas, cada tranvía surgía de improviso como un coche de bomberos. Sí, bien podía ella salir de este portal, doblar la esquina y sentarse en el tranvía. De los dos tenía que ser yo, a toda costa, el primero en ver al otro. Pues de haberme rozado ella con la mecha de su mirada, yo habría volado por los aires como un depósito de municiones.

Guiomar es el nombre literario del gran amor de madurez de Antonio Machado. Pilar de Valderrama es el nombre real. La conoció en junio de 1928: “Se abrió la puerta que tiene / gonces en mi corazón, / y otra vez la galería / de mi historia apareció. // Otra vez la plazoleta / de las acacias en flor, / y otra vez la fuente clara / cuenta un romance de amor”. Poetisa, católica y casada con hijos, se convirtió en “la diosa” con la que mantuvo una intensa relación —sin contacto físico, por deseo de ella— los últimos años de su vida, con excepción de los de la guerra, que Valderrama, en el bando nacional, pasó en Portugal. Cuando no se podían encontrar en la realidad lo hacían mentalmente: “Hoy te escribo en mi celda de viajero, / a la hora de una cita imaginaria”; “El miércoles te sentí a mi lado. ¿Me sentiste tú?”, escribe Antonio a Pilar. Y lleva a su amada en sus viajes poéticos:

128

Tu poeta

piensa en ti. La lejanía
 es de limón y violeta,
 verde el campo todavía.
 Conmigo vienes, Guiomar;
 nos sorbe la serranía.
 De encinar en encinar
 se va fatigando el día. El tren devora y devora
 día y riel. La retama
 pasa en sombra; se desdora
 el oro del Guadarrama.
 Porque una diosa y su amante
 huyen juntos, jadeante,
 los sigue la luna llena.
 El tren se esconde y resuena
 dentro de un monte gigante.
 Campos yermos, cielo alto.
 Tras los montes de granito
 y otros montes de basalto,
 ya es la mar y el infinito.
 Juntos vamos; libres somos.
 Aunque el Dios, como en el cuento

fiero rey, cabalgue a lomos
del mejor corcel del viento,
aunque nos jure, violento,
su venganza,
aunque ensille el pensamiento,
libre amor, nadie lo alcanza.

Cuando Machado murió en Collioure, entre los escritos que contenía una hoja que apareció en el bolsillo de su abrigo estaba un poema breve de "Otras canciones a Guiomar": "Y te daré mi canción: / se canta lo que se pierde / con un papagayo verde / que la diga en tu balcón".

Naturaleza.— El amor de Machado por la naturaleza se manifiesta tanto en el placer que experimentaba en los paseos y excursiones que le permitían un contacto directo con ella, como en el gran protagonismo que alcanza en su poesía, repleta de montes, colinas, roqueadas, campos, fuentes, ríos, mares, jardines, estrellas, árboles, flores, animales... Su hermano José contó que, en Collioure, poco antes de morir, fueron a ver el mar, y apoyados en una barca de la playa le dijo: "Quién pudiera quedarse aquí en la casita de algún pescador y ver desde una ventana el mar".

Benjamin, en un fragmento de "Panorama imperial", incluido en *Dirección única*:

Desde los más antiguos usos de los pueblos parece llegar hasta nosotros una especie de amonestación a que evitemos el gesto de la codicia al recibir aquello que tan pródigamente nos otorga la naturaleza. Pues con nada nuestro podemos obsequiar a la madre tierra. De ahí que sea conveniente mostrar un profundo respeto al aceptar sus dones, restituyéndole, antes de apoderarnos de aquello que nos pertenece, una parte de todo lo que continuamos recibiendo de ella. [...] Si algún día la sociedad, impulsada por la necesidad y la avidez, llegara a un grado tal de degeneración que no pudiera recibir los dones de la naturaleza sin recurrir a la depredación, que arranca los frutos aún verdes para colocarlos en el mercado y tuviera que vaciar cada fuente sólo para hartarse, ese día su tierra se empobrece y el campo dará malas cosechas.

129

En dicho libro une la suerte de la humanidad y de la naturaleza. Y en sus *Tesis de Filosofía de la Historia* denuncia un concepto del trabajo y el progreso que provoca la explotación sin freno de la naturaleza, llevada a cabo tanto por capitalistas como por comunistas.

Lo pequeño.— Ambos sintieron predilección por las cosas y seres pequeños, tanto en el sentido de medida como de importancia. Quizá por ello el destino, teniendo en cuenta ese rasgo de su carácter, les asignó como refugio final un pequeño pueblo a cada lado de los Pirineos.

En las poesías de Machado aparecen diminutas margaritas, violetas, olivitas, mariposas, abejas y...

LAS MOSCAS
Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.
¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,

viejas moscas pertinaces
 sobre mi calva infantil!
 ¡Moscas del primer hastío
 en el salón familiar,
 las claras tardes de estío
 en que yo empecé a soñar!
 Y en la aborrecida escuela,
 raudas moscas divertidas,
 perseguidas
 por amor de lo que vuela,
 —que todo es volar—, sonoras
 rebotando en los cristales
 en los días otoñales...
 Moscas de todas las horas,
 de infancia y adolescencia,
 de mi juventud dorada;
 en esta segunda inocencia,
 que da en no creer en nada,
 de siempre... Moscas vulgares,
 que de puro familiares
 no tendréis digno cantor:
 yo sé que os habéis posado
 sobre el juguete encantado,
 sobre el librote cerrado,
 sobre la carta de amor,
 sobre los párpados yertos
 de los muertos...
 Inevitables golosas,
 que ni labráis como abejas,
 ni brilláis como mariposas;
 pequeñitas, revoltosas,
 vosotras, amigas viejas,
 me evocáis todas las cosas.

El poeta pudo ser enterrado en París con todos los honores —así pidió hacerlo el hispanista Jean Cassou—, pero su familia, respetando su forma de ser, su estar en el mundo, decidió hacerlo en Collioure.

Benjamin —que colocó como epígrafe de *Personajes alemanes* el lema: “De honor sin fama. De grandeza sin brillo. De dignidad sin premio”— sentía gran atracción por lo pequeño, por lo que quedaba en la penumbra y en segundo plano, por lo que no llamaba la atención y pasaba desapercibido, por lo anónimo. Su letra era diminuta. Un objeto, cuanto más pequeño, más importancia adquiriría a sus ojos. Scholem relata que en agosto de 1927 “totalmente excitado, me arrastró al Museo Cluny en París para mostrarme, en una colección de objetos rituales judíos expuesta allí, dos granos de trigo en los que un alma aún había escrito todo el Shemá Israel”.

Paciencia.— Cualidad que ambos poseyeron. Machado alude a ella hablando de los poetas: “la nueva miel labramos / con los dolores viejos, / la veste blanca y pura / pacientemente hacemos”, y la recomienda en:

CONSEJOS

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.

Benjamin —el hombre más paciente que Scholem conoció—, en *Infancia en Berlín hacia 1900*:

TIERGARTEN

[...] Cuando treinta años más tarde, un campesino de Berlín, conocedor de la tierra, cuidaba de mí al volver a la ciudad, tras larga y común ausencia, sus pasos cruzaban este jardín sembrando en él la semilla del silencio.

De las cariátides, atlantes, angelotes y pomonas que me miraron entonces, preferí aquellos del linaje de los guardianes del umbral cubiertos de polvo, que protegen el paso a la vida o al hogar. Pues ellos entendían algo de la espera. Y les importaba poco aguardar a un extraño, el retorno de los antiguos dioses o al niño que hacía treinta años pasaba a hurtadillas con su mochila delante de sus pies.

131

En el texto autobiográfico *Agesilaus Santander*, escrito en Ibiza en 1933, habla de un hombre cuyo punto fuerte era saber esperar:

Allí donde este hombre se topaba con una mujer que lo fascinaba, estaba al punto dispuesto a acecharla toda la vida y esperar hasta que, enferma, avejentada y en harapos, cayese en sus manos. En pocas palabras, nada podía debilitar la paciencia de ese hombre.

Soledad.— En la vida y obra de Machado aparece muchas veces. Su primer poemario lleva por título *Soledades*; el poema “Otro viaje” finaliza así:

Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

Las peculiares características de Benjamin, su originalidad, rareza y excentricidad, lo abocaron a la soledad, tanto en la esfera personal —sus intentos de integrarse militando en una organización juvenil y casándose no dieron resultado— como en el ámbito de las ideas, pues fue un intelectual aislado. Que tanteaba palabras al alba para desecharlas o ensartarlas con su pluma a imitación del trapero —su imagen del intelectual— que hurgaba con el bastón en los trapos viejos.

Sueños.— Los dos asignan a los sueños un papel relevante en el conocimiento personal. Así lo manifiesta Machado: “Y podrás conocerte recordando / del pasado soñar los turbios lienzos [...]. De toda la memoria, sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños”. A quien le sirven también para vivir lo que la realidad no permite y para recobrar el pasado y lo perdido:

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños tan verdaderas!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

132

Para Benjamin lo onírico tiene tal importancia que ve la historia de la humanidad como un sueño que prosigue en la medida que los intereses de unos, el conformismo de muchos y la falta de consciencia de otros impiden el despertar. A nivel personal, el sueño puede revelar la verdad oculta de nuestras relaciones con los seres humanos, “la visión que les revelará su auténtico rostro”. Por ello, narra numerosos sueños en sus obras, especialmente en *Dirección única*:

Cielo. En sueños salí de una casa y alcé la mirada al cielo nocturno. Un violento resplandor emanaba de él. Pues, al estar constelado, las figuras según las cuales se agrupa a las estrellas se hallaban ahí, físicamente presentes. Un León, una Virgen, una Balanza y muchas otras, compactos cúmulos de estrellas, miraban fijamente hacia la Tierra. De la Luna, ni trazas.

Infancia.— Otro asunto que les interesaba en extremo. El último verso que escribió Machado, hallado en el bolsillo de su abrigo, decía: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Infancia que eran recuerdos de un patio de Sevilla, el del palacio de las Dueñas, donde nació y vivió hasta el traslado de la familia a Madrid, que el poeta evocará muchas veces en sus poemas. Benjamin, por su parte, dedicó textos a los libros infantiles y a los juguetes, y escribió *Programa de un teatro infantil proletario* y la obra *Infancia en Berlín hacia 1900*, en la que a partir de sus recuerdos infantiles reconstruye la vida de un niño burgués a comienzos del siglo XX. En las páginas de Machado y Benjamin aparecen hadas, pompas de jabón, tiovivos...

El tiovivo de Machado:

Pegasos, lindos pegasos,
Caballitos de madera.
Yo conocí, siendo niño,

la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

El de Benjamin:

EL TIOVIVO

La tabla con los solícitos animales gira próxima al suelo. Tiene la altura en la que mejor se sueña ir volando. La música ataca, y con unas sacudidas, el niño gira apartándose de la madre. Primero tiene miedo de abandonar a la madre. Pero luego se da cuenta de que es leal consigo mismo. Está sentado en un trono, como leal soberano sobre un mundo que le pertenece. En las tangentes, árboles e indígenas cubren la carrera. Reaparece en algún Oriente la madre. Luego surge de la selva una cima tal como el niño la vio hace ya milenios y como acaba de verla en el tiovivo. Como Asión mudo va viajando sobre su mudo pez; un Toro-Zeus de maderera lo raptó cual Europa inmaculada. Hace tiempo que el eterno retorno de todas las cosas se ha convertido en sabiduría infantil, lo mismo que la vida en una embriaguez ancestral de poder, con la orquestina que suena en el centro. Si toca más lento, el espacio empieza a balbucir y los árboles empiezan a vacilar. El trono se hace inseguro. Y aparece la madre, como el palo tantas veces abordado, hacia el que el niño, arriba, echa el cabo de sus miradas. (Infancia en Berlín hacia 1900).

133

Teología.— Machado no pudo cantar, ni quiso a “ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en la mar”. No quiso saber nada del catolicismo y el clero que exaltan a un Jesús agónico “siempre con sangre en las manos, / siempre por desenclavar”; sin embargo, sintió respeto y admiración por el Jesús humano, el que navegó por el mar de la vida; y por la que consideró su máxima enseñanza: el amor al prójimo; algo que no hay que predicar sino practicar. Por otro lado, el amor esquivo conduce al poeta a la Teología:

Las abejas de las flores
sacan miel, y melodía
del amor, los ruiseñores:
Dante y yo —perdón, señores—,
trocamos —perdón, Lucía—,
el amor en Teología.

Dios aparece a menudo en su poesía como algo soñado, como un anhelo que nunca se realiza:

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

Benjamin afirmó de sí mismo: “Nunca he sido capaz de investigar o pensar más que, si así pudiera decirse, en un sentido teológico, a saber, de acuerdo con la enseñanza talmúdica de los cuarenta y nueve niveles de significación de cada pasaje de la Thora”. Lo cual fue evidente en su primera etapa, en la que, muy influido por la Cábala, se interesó por el lenguaje y por el nombre como camino de acceso a la verdad, como una forma de revelación; idea que junto a las de mesianismo y redención, también provenientes del judaísmo, alcanzaron gran importancia en su pensamiento. Posteriormente intentó conciliar el pensamiento teológico con el materialismo histórico, método marxista de análisis histórico, y conceptos como revelación entraron en luna nueva. En sus *Tesis de Filosofía de la Historia*, redactadas en invierno y primavera de 1940, tras el pacto germano-soviético, explica en la primera de ellas su última visión del papel de la teología y del materialismo histórico: este último sería una fachada, y la primera, el “negro”, el “tapado”:

Es notorio que ha existido, según se dice, un autómatas construido de tal manera que resultaba capaz de replicar a cada jugada de un ajedrecista con otra jugada contraria que le aseguraba ganar la partida. Un muñeco trajeado a la turca, en la boca una pipa de narguile, se sentaba a tablero apoyado sobre una mesa espaciosa. Un sistema de espejos despertaba la ilusión de que esta mesa era transparente por todos sus lados. En realidad se sentaba dentro un enano jorobado que era un maestro en el juego del ajedrez y que guiaba mediante hilos la mano del muñeco. Podemos imaginarnos un equivalente de este aparato en la filosofía. Siempre tendrá que ganar el muñeco que llamamos “materialismo histórico”. Podrá habérselas sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología que, como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno.

134

Finales de febrero de 1939.— Fecha fatídica. Machado muere. Benjamin es despojado de la ciudadanía alemana; supuso el jaque de la Gestapo que culminaría en el mate de finales de septiembre de 1940 en Portbou.

Maleta perdida.— Machado y Benjamin, antifascistas que soñaban una revolución no violenta, fueron víctimas de quienes eligieron la violencia para imponer sus ideas. Como tantas otras personas, se vieron forzados a tomar la ruta del exilio. Por segunda vez en el caso de Benjamin. Su último viaje pasaba por los Pirineos, que se convirtieron para ellos en la calle de “dirección única”, la que no tiene retorno; ambos llevaban consigo una maleta con sus bienes más queridos: escritos, cartas, notas de trabajo..., y ambos, obligados por las dificultades del camino, tuvieron que desprenderse de ella en las inmediaciones de Portbou. “Ligeros de equipaje y casi desnudos como los hijos de la mar”, murieron en sendos hoteles.

Una visita temprana al cementerio.— Pocos días después de la muerte de Antonio Machado, las notas de un violonchelo se oyeron en el cementerio de Collioure: el joven Pau Casals homenajeaba con *El cant dels ocells* al autor de *Campos de Castilla*.

En octubre de 1940, poco antes de salir de Europa hacia EEUU, Hannah Arendt visitó el cementerio de Portbou; le pareció “uno de los lugares más fantásticos y más bellos que he visto en mi vida”.

Palabras propias

Walter Benjamin:

Aura.— El aura es:

Una trama muy particular de espacio y tiempo: irreplicable aparición de una lejanía, por cerca que ésta pueda estar. Seguir con toda calma en el horizonte, en un mediodía de verano, la línea de una cordillera o una rama que arroja su sombra sobre quien la contempla hasta que el instante o la hora participen en su aparición, eso es aspirar el aura de esas montañas, de esa rama. (*Pequeña historia de la fotografía*).

En la época de la reproducción técnica de la obra de arte lo que se atrofia es el aura de ésta. [...] Al multiplicar las reproducciones pone su presencia masiva en el lugar de una presencia irreplicable. [...] Quitarle su envoltura a cada objeto, triturar su aura, es la signatura de una percepción cuyo sentido para lo igual en el mundo ha crecido tanto que incluso, por medio de la reproducción, le gana terreno a lo irreplicable. (*La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*).

Jorobadito.— Personaje de un cuento de hadas alemán que joroba la vida de algunas personas a las que hace tropezar, que se les caigan las cosas de las manos, equivocarse...; aparece en un ensayo sobre Kafka y protagoniza el texto final de *Infancia en Berlín hacia 1900*:

Mi madre me reveló [su nombre] sin saberlo. “El Torpe” te envía saludos, decía cuando había roto algo o me había caído. Y ahora comprendo de qué hablaba. Hablaba del hombrecillo jorobado que me había mirado. A quien este hombre mira, no pone atención, ni en sí mismo ni tampoco en el hombrecito. Se encuentra sobresaltado ante un montón de pedazos. [...] Llevaba las de perder, donde apareciera. Las cosas se sustraían, hasta que, pasando el tiempo, el jardín se hubiera convertido en jardincillo, mi cuarto en un cuartito y el banco en un banquillo. Se encogían y parecía que les crecía una joroba que las incorporaba por largo tiempo al mundo del hombrecillo. El hombrecillo se me adelantaba a todas partes. Atento, me atajaba el paso. [...] Así encontré al jorobadillo muchas veces. Sin embargo, jamás lo vi. En cambio él me veía, y tanto más claro cuanto menos veía yo de mí mismo. [...] Su voz, que recuerda el zumbar de la mecha del gas, me sigue murmurando más allá del fin del siglo las palabras: “Hijo mío, te lo ruego, reza también por el hombrecillo”.

135

Citas.— Su sueño era elaborar un libro constituido enteramente por citas. No las usaba de la forma habitual, como apoyo de algo que se está exponiendo, sino que, arrancadas de sus documentos originales e intercaladas con ideas propias, daban lugar a textos que en la forma se acercaban al *collage* surrealista y en el significado, a la alegoría; de esta forma pretendía alejarse del subjetivismo.

Angelus Novus.— Protagoniza la alegoría que constituye la novena tesis de Filosofía de la Historia:

Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que lo tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta

una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremisiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Antonio Machado:

Soria.—

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!

136

Camino.—

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Ojos.—

Tus ojos me recuerdan
las noches de verano
negras noches sin luna,
orilla al mar salado,
y el chispear de estrellas
del cielo negro y bajo.
Tus ojos me recuerdan
las noches de verano.
[...]

Palabras verdaderas.—

Tal vez la mano, en sueño,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

Bibliografía

- ABAD FACIOLINCE, Héctor, *El olvido que seremos*, Barcelona, Seix Barral, 2007.
- ADORNO, Theodor W., *Sobre Walter Benjamin*, Madrid, Cátedra, 1995.
- AGUIRRE, Jesús, "Walter Benjamin, estética y revolución", prólogo a *Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid, Taurus, 1990.
- ARENDRT, Hannah, "Walter Benjamin 1892 1940", en *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- BENJAMIN, Walter, *Infancia en Berlín hacia 1900*, Madrid, Alfaguara, 1982.
- BENJAMIN, Walter, *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 1987.
- BENJAMIN, Walter, *Personajes alemanes*, Barcelona, Paidós, 1995.
- BENJAMIN, Walter, "Franz Kafka", en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991.
- BENJAMIN, Walter, "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", "Pequeña historia de la fotografía", "Sombras breves", "Tesis de Filosofía de la Historia", en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1989.
- GIBSON, Ian, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Aguilar, 2006.
- JAY, Martin, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1989.
- LLEDÓ, Emilio, *El surco del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2000 (de la nota del autor para la edición de bolsillo ha sido tomado el epígrafe).
- MACHADO, Antonio, *Poesías completas*, Madrid, Austral, 1996.
- MESQUIDA, Evelyn, *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B, 2008.
- EL PAÍS, 30/12/2008, *Desayuno con... Eulalio Ferrer Rodríguez: "No es posible vivir con rencor en el corazón"* (entrevista de Juan G. Bedoya).
- SCHOLEM, Gershom, *Los nombres secretos de Walter Benjamin*, Madrid, Trotta, 2004.
- Tomás Navarro Tomás. *Ciudadano TNT*, edición de Ramón Salaberria, Toledo, Servicio de Publicaciones, Consejería de Cultura de Castilla la Mancha, 2007.
- WITTE, Bernd, *Walter Benjamin. Una biografía*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- ZAMBRANO, María, *Algunos lugares de la poesía*, Madrid, Trotta, 2007.